

FRIEDRICH NIETZSCHE

SCHOPENHAUER  
COMO EDUCADOR

TERCERA CONSIDERACIÓN  
INTEMPESTIVA

(1874)

PRÓLOGO, NOTAS Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Schopenhauer als Erzieher*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© del prólogo, las notas y la traducción,  
2026 by Luis Fernando Moreno Claros  
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Friedrich Nietzsche* (1905-1906), de Edvard Munch

ISBN: 979-13-87964-23-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 7464-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

*Prólogo*

7

Schopenhauer como educador

33



## PRÓLOGO

Tal y como se educaba a los persas: a  
tirar con el arco y a decir la verdad.

NIETZSCHE, primavera de 1874<sup>1</sup>

En un apunte inédito fechado en la primavera de 1874 Nietzsche se expresaba así:

Estoy lejos de creer que he comprendido correctamente a Schopenhauer; en cambio, sí he aprendido a entenderme un poco mejor a mí mismo a través de Schopenhauer; esto lo convertirá para siempre en acreedor de mi más profundo agradecimiento.<sup>2</sup>

En esa época estaba trabajando en el que habría de ser el tercero de sus escritos intempestivos: *Schopenhauer como educador*. Catorce años más tarde, en esa autobiografía singular que es *Ecce homo*, concebida y escrita por Nietzsche casi ya al borde de su derrumbe psicológico, leemos: «En *Schopenhauer como educador* está escrita mi historia más íntima, mi devenir». Como él mismo confiesa, se sirvió de la figura del filósofo Arthur Schopenhauer (1788-1860) como Platón se sirvió de Sócrates: *esto es, como una semiótica para Platón*.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Friedrich Nietzsche, *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe* (KSA), tomo 7: *Nachgelassene Fragmente* [‘Fragmentos póstumos’], 1869-1874, ed. crítica de las obras de Nietzsche de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Berlín-Nueva York, DTV-De Gruyter, 1988, p. 795.

<sup>2</sup> *Id.*

<sup>3</sup> Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2005, p. 87.

Así pues, este trabajo parece ser ante todo una «semiótica» personal de Nietzsche, un descubrimiento de sí mismo como filósofo, y una exposición de su compromiso intelectual y pedagógico frente a la cultura y la sociedad de su tiempo. En *Schopenhauer como educador* ni se expone ni se vindica el sistema filosófico de este gran filósofo; antes bien, aquí se trata principalmente del espíritu que animó al hombre Schopenhauer como «creador» y como genio filosófico. Y trata también de cómo es posible que la vida del filósofo pesimista—una vida que estuvo centrada en el amor a la verdad, según Nietzsche—pueda servir de ejemplo para iluminar el camino de quienes se dedican a aprender y a enseñar filosofía, y además, de modelo de conducta, digno de imitar, en una época criticada por Nietzsche con dureza: la del Imperio Alemán o Segundo Reich, dominado entonces por la figura del ministro-presidente de Prusia Otto von Bismarck. Era éste un tiempo que exultaba patriotismo y parecía henchido de optimismo. Dos cosas que Nietzsche aborrecía.

¿Por qué precisamente Schopenhauer? La razón principal era que el llamado «Buda de Fráncfort» significó mucho en la formación humana y filosófica del joven Nietzsche, hasta el punto de convertirse en su filósofo-guía. Por otra parte, Schopenhauer constituyó el eslabón principal en la crucial relación de amistad entre Nietzsche y Richard Wagner. Tanto el aún desconocido joven catedrático de griego como el afamado y veterano compositor vieron en el filósofo de la «voluntad de vivir» y de la «renuncia al mundo» la encarnación de un verdadero genio; en él vieron a un filósofo de verdad y, en cualquier caso, a uno muy distinto de los representantes filosóficos de la época, eruditos y catedráticos que parecían estar más bien al servicio del Estado que les pagaba el sueldo que al servicio de «la verdad».

Nietzsche descubrió la obra capital de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* (cuya primera edición se publicó en 1819 y la segunda en 1844), en su época de estudiante en Leipzig, en 1865. Al parecer, ese joven entusiasta de la cultura ardía en deseos de «construirse una vida que se adaptase a su naturaleza» y necesitaba «desesperadamente» algún guía espiritual que lo ayudase en esa tarea (así lo explicó en la obra ya citada, *Ecce homo*). En un apunte autobiográfico de 1867, refirió la impresión que le causó aquel hallazgo:

Encontré un día este libro precisamente en la librería anticuaría del viejo Rohn. Ignorándolo todo sobre él, lo tomé en mis manos y comencé a hojearlo. No sé qué especie de demonio me susurró al oído: «Llévate este libro a casa». De todas formas, el hecho ocurrió contra mi costumbre habitual de no precipitarme en la compra de libros. Una vez en casa, me acomodé con el tesoro recién adquirido en el ángulo del sofá y dejé que aquel genio enérgico y severo comenzase a ejercer su efecto sobre mí. Ahí, en cada línea, clamaba la renuncia, la negación, la resignación; allí veía yo un espejo en el que con terrible magnificencia contemplaba a la vez el mundo, la vida y mi propia intimidad. Desde aquellas páginas me miraba el ojo solar del arte, con su completo desinterés; allí veía yo la enfermedad y la salud, el exilio y el refugio, el infierno y el paraíso. Me asaltó un violento deseo de conocerme, de socavarme a mí mismo.<sup>1</sup>

La lectura del primer volumen de aquella obra llevó a Nietzsche a leer todo lo demás, y le convirtió en un ferviente seguidor de Schopenhauer. De tal magnitud fue el entu-

<sup>1</sup> Véase Friedrich Nietzsche, *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud (1856-1859)*, pról., trad. y notas Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Valdemar, 2016, pp. 253-254.

siasmo que despertó en él esa filosofía que procuró influir en todos sus conocidos para que también leyeran *la obra entera* del filósofo y se hicieran adeptos a su escuela espiritual.

El viejo Schopenhauer, cascarrabias y eremita, que había pasado varias décadas de su vida afincado en Fráncfort del Meno, había fallecido hacía cinco años cuando Nietzsche se topó con *El mundo como voluntad y representación*. Por aquel entonces, el aprecio del que gozaba su filosofía dentro y fuera de Alemania era inmenso. Schopenhauer había sido ignorado durante gran parte de su vida, un decenio antes de su fallecimiento empezó a ser conocido por unos pocos adeptos y cuando murió, en 1860, era el filósofo más famoso de Alemania.

Según el filósofo y sociólogo Oswald Spengler, uno de sus admiradores, autor del éxito de ventas *La decadencia de Occidente*, Schopenhauer triunfó porque «materializó», «simplificó» y hasta «trivializó» las grandes ideas de los pensadores anteriores: la metafísica en general. Schopenhauer era muy claro en su discurso y, gracias a ello, popularizó e hizo comprensibles las ideas que filósofos como Kant expusieron de una manera intrincada para el gran público. Por otra parte—sigue Spengler—, lo que más atrajo de la filosofía de Schopenhauer fue que aparte de ser un sistema completo de metafísica, era también una filosofía «práctica», un vademécum «para la vida»; los hombres y las mujeres de las últimas décadas del siglo XIX se caracterizaban por sentir atracción por el pensamiento de tipo práctico más que por el especulativo, al contrario de lo que había sucedido en las generaciones anteriores.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, trad. Manuel García Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1966, cap. V, parte II, ap. 18 y ss. (edición digital).

Por lo demás, Schopenhauer era un escritor brillante a la vez que un pensador agudo y convincente. Con su prosa alemana perfecta y la energía de carácter que ésta revelaba, atrapaba fácilmente a miles de lectores (y lectoras) que, hastiados ya de teorías e inverosimilitudes conceptuales, de maremagnos especulativos ininteligibles, anhelaban guías claros para sus vidas que les ayudasen a encauzar sus frágiles existencias. La filosofía de Schopenhauer proporcionaba una interpretación global de la vida humana, valoraba la existencia en su justa medida y hasta ofrecía tablas de salvación cercanas al cristianismo y al budismo.

Esa filosofía bien planteada y trabada proclamó el arte como la actividad más excelsa del ser humano, y ésa fue una de las cosas que más atrajo al público en general. En el maravilloso mundo nacido de la *creación humana, de la poiesis*, el hombre puede evadirse de los sufrimientos y de las miserias de la existencia, del ámbito de lo cotidiano y de lo trivial. Según Schopenhauer, el arte desenmascara el mundo y pone al descubierto su banalidad y sus mentiras, sus engaños, su dolor, pero también procura otra dimensión del propio mundo: la dimensión espiritual y trascendente. Gracias a la contemplación de las obras perfectas del arte, el ser humano puede alcanzar muy a menudo un estado de beatitud mental y físico desde el cual los dolores de la existencia se esfuman, se volatilizan y se convierten en nada. El ser humano se transfigura y accede a un estado parecido al que se logra en el grado más alto de la santidad: se alcanza esa paz perfecta del alma en la que reinan el olvido del sufrimiento y la negación de la existencia. Tanto el arte, la vida consagrada a la creación, como la santidad—que Schopenhauer ve ligada por entero a la vivencia estético-mística—son ideales de conducta y de vida frente a la fragilidad y el absurdo del vivir común,

ayuno de arte y de fe en la trascendencia que otorga sentido a la existencia.

Schopenhauer establecía como modelos de vida al artista y al santo, ambos podían alcanzar estados de conciencia en los que se superaba el sufrimiento de la existencia; a ellos se añade la figura del filósofo—una especie de híbrido entre los dos mencionados—. Los hombres y las mujeres más nobles deberían tenerlos como ideales de conducta. Sólo la mera aproximación a tamaños ideales exigía ya una disciplina espiritual e intelectual severa. Esto convertía a los iniciados en miembros de una elite dispuesta a dignificarse frente a un mundo insensible, en el que únicamente predomina la feroz lucha por la existencia que libran entre sí las fuerzas elementales del universo. Ésta era *grosso modo* la enseñanza de Schopenhauer que cautivó a Nietzsche.

Cada lector de Schopenhauer, esforzándose un poco, podía contemplarse a sí mismo en el espejo de estas enseñanzas como aquel que anhelaba ser, es decir, como un elegido, como un único entre los únicos. Leer al filósofo pesimista singularizaba, parecía imbuir en cada receptor el sentimiento inequívoco de diferenciarse de miles de seres «que parecían producidos en serie» dentro de la inmensa fábrica de la naturaleza (así definía el «maestro» a los hombres y mujeres comunes con una metáfora de la predominante Revolución Industrial).

En este sentido, la filosofía de Schopenhauer reivindicaba unos ideales nada burgueses en el fondo; aun así, se dio la paradoja de que fueron lectores de clase media y burguesa los que se dejaron seducir por ellos (¿quiénes si no podían coleccionar arte? ¿Quiénes podían favorecer a los artistas? ¿Quiénes podían en su ociosidad sumergirse en la paz de la contemplación estética?). Aquella lectura les invitaba a reflexionar sobre su propia vida y la de su clase

social, lo que les creaba la ilusión de ser más auténticos y menos burgueses. Además, quien supiera leer entre líneas los textos más cruciales de Schopenhauer advertía en ellos una invitación al disfrute de la vida, tanto como a reflexionar sobre el mundo sin el respaldo del buen Dios: Schopenhauer invitaba a recoger lo mejor de las religiones más nobles, pero eximiéndolas de superstición. Era un «ateo» con matices o un agnóstico que creía en la fuerza de la naturaleza, al que inspiraba el «*Deus-sive-natura*» de Spinoza; descartaba la existencia del Dios de los judíos, ese Dios trasladado al cristianismo, como mera superstición, como simple cuento. Creer en una «metafísica» era crucial para Schopenhauer, de ahí todo su sistema, que se presentaba como metafísico e idealista. Para sus lectores, creer en la «representación» y en la «voluntad» (los dos pilares básicos de este sistema de metafísica) era una manera de singularizarse personalmente, tanto si era dentro como fuera de las convenciones establecidas.

El joven Nietzsche admiró mucho a Schopenhauer, pero en su propio proceso de singularización terminó por superar a su maestro. En su excepcional libro *Humano, demasiado humano*, cuyo primer volumen data de 1878, Nietzsche afirmó que toda filosofía siempre es «filosofía de una determinada edad de la vida», y que, según este aserto, en la filosofía de Schopenhauer se revelaba la imagen de la apasionada juventud. «No es un pensamiento para hombres maduros», sentenció.<sup>1</sup>

Si admitimos la plausibilidad de semejante razonamiento, tendríamos otra causa aparentemente más banal de la

<sup>1</sup> Véase Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, II, 271, ed. Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Múnich, DTV, 1988, vol. 2, p. 494.

aceptación que suscitó la filosofía de Schopenhauer, tanto en el joven Nietzsche como en tantos otros compañeros de generación: resulta que era una filosofía para gente joven. Y esto cuadra si se tiene en cuenta que Schopenhauer concibió las líneas generales de su sistema mucho antes de haber cumplido los treinta años, en plena juventud; aunque una vez publicada la primera edición de *El mundo como voluntad y representación* (en 1818), continuó refinando su pensamiento a lo largo de su vida, de modo que acabó madurando como él mismo (desde esta perspectiva ya no tendría razón el paradójico Nietzsche con su negación de esta filosofía para los hombres adultos).

Lo que a Nietzsche más le atrajo de Schopenhauer fue la soberanía rayana en soberbia que dejaba traslucir en sus textos. Tanto en *El mundo como voluntad y representación* como en *Parerga y paralipómena* (dos obras inmensas, presentadas en dos volúmenes cada una y que juntas sumaban casi dos mil quinientas páginas), observó la fuerza de un maestro severo, atento a la libertad propia y a la de los lectores; le emocionó la valentía que rezumaban esas páginas, colmadas por unas ideas nacidas de la actitud propia de un hombre veraz. El joven Nietzsche anhelaba encontrar un «maestro de vida» en la época en que se topó con Schopenhauer, y así lo consideró: un guía espiritual al que veneraba e interpretaba como si fuera un oráculo. Hasta tal punto era su devoción por el filósofo pesimista que cuando Nietzsche estaba cumpliendo el servicio militar en el otoño de 1867, destinado como artillero adscrito a un regimiento de caballería, y se veía envuelto en alguna dificultad, «escondido bajo la barriga del caballo», murmuraba para sí: «¡Schopenhauer, ayúdame!». <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Carta de Nietzsche a su amigo Erwin Rohde del 3 de noviembre

En el filósofo pesimista, Nietzsche constató la misma grandeza que ya había descubierto en el carácter de los primeros filósofos griegos, transmitido con plasticidad por Diógenes Laercio, a quien el joven filólogo leyó con devoción. Este carácter estribaba, según Nietzsche, en que tales hombres tenían la capacidad de *educar* ya en principio sólo con su mera existencia. Lo mismo apreciaba él en la personalidad de Schopenhauer, que se mantenía viva y vigorosa en todas y cada una de sus páginas. Nietzsche descubrió en Schopenhauer a un *verdadero educador*, porque el talante que mostraba frente a la vida y frente a la verdad podía servir de modelo para imitar, de ejemplo para cualquiera que aspirara al saber y a la educación. Lo relevante en esta actitud no era que Schopenhauer propugnara directamente una verdad, sino que transmitiera el anhelo de verdad, que exhortara a no perder el deseo de la verdad y que alentara el tesón necesario para emprender la aventura de ir a buscarla. Esto era lo que había que asumir e imitar de Schopenhauer, tal era el hálito que se respiraba en su obra.

Pertenezco a esos lectores de Schopenhauer que, después de haber leído la primera de sus páginas, saben con certeza que leerán todas las demás y que oirán cada una de las palabras que haya dicho. Mi confianza en él fue inmediata y hoy es la misma que hace nueve años.

Así se expresaba Nietzsche en 1874, en su tercera intempestiva.

---

de 1867, en: Friedrich Nietzsche, *Correspondencia, volumen 1 (junio 1850 – abril 1869)*, introd., trad. y notas Luis Enrique de Santiago Guervós, Madrid, Trotta, 2005, p. 468. Unos días antes de esta carta, Rohde había mandado a Nietzsche como regalo un retrato enmarcado de Schopenhauer.

Aun así, y pese a esta reivindicación de su voto de «confianza», aquel gran admirador y acólito inquebrantable de Schopenhauer había evolucionado considerablemente en los nueve años que lo separaban de su encuentro inicial con *El mundo como voluntad y representación*. Ya entrado en la treintena, Nietzsche parecía caminar hacia la madurez a marchas forzadas, dejándose conducir, antes que por otros intereses o servidumbres, por su tendencia natural a mantenerse fiel a sí mismo. Incluso su reciente adhesión a Wagner—al que precisamente le unía en gran medida la admiración que ambos sentían por Schopenhauer—comenzaba también entonces a dejar de ser incondicional. Cada vez tenía más motivos de desavenencia con el compositor, aunque las causas mayores que le apartaban de aquél se resumían en la desmedida e insufrible vanidad de la que hacía gala el músico y en la cerrazón mental frente a todo cuanto escapara al ámbito de su obra; Wagner no soportaba la crítica a su obra ni tampoco a su persona. Para aquel hombre temperamental carecía de interés todo lo que no tuviera que ver con él mismo o con su música; mientras Nietzsche se mantuvo en su órbita intelectual, mientras lo elogió y le equiparó a menudo al genio de Schopenhauer, el engraido compositor lo trató con el afecto que se le depara a un súbdito; entonces, Wagner elogiaba «su inteligencia y su talento», pero si Nietzsche se apartaba de ese terreno y quería explorar nuevas rutas por cuenta propia, Wagner lo tildaba de «iluso» y de «pobre soñador».

Pero Nietzsche no era ningún súbdito, sino un ser aparte, singular y que había aprendido de Schopenhauer a ser veraz. Además de esta incipiente tensión con Wagner, también se sentía desilusionado del ambiente académico que lo rodeaba, de los profesores, y de la forma en la que se impartían las enseñanzas humanísticas. Desde los veinticin-

co años, Nietzsche ejercía como catedrático de griego en la Universidad de Basilea, por eso había podido constatar con profundo desagrado que ni los docentes ni los estudiantes de filología clásica y de filosofía profesaban sus disciplinas con otro interés diferente del que podían tener los anticuarios por los viejos libros, o por otros objetos del pasado; era un interés meramente erudito, mercantil y funcional. Atendían a la letra y a su antigüedad, pero olvidaban el espíritu que la animó y que aún pervivía en ella. En definitiva, en la universidad no regía precisamente la norma de estudiar el pasado para aprender de él, ni tampoco imperaba el deseo de desarrollar las virtudes personales que enorgullecían a los antiguos; tampoco pretendía ya nadie educarse en las disciplinas clásicas con el propósito de comprender la vida o ser más dichoso conociéndose a sí mismo. En los estudiantes universitarios sólo imperaba el afán de acceder cuanto antes al ejercicio de una profesión, por lo general, la de docente universitario o de instituto de secundaria, un docente sin ninguna experiencia de la vida e incapaz de transmitir verdad existencial alguna a sus alumnos, incapaz también de dar ejemplo de hombría y dignidad.

En tanto que profesor, Nietzsche no desesperaba de la pedagogía propiamente dicha, sino de los métodos concretos mediante los que se practicaba. Dudaba también de la idoneidad de las personas que impartían la enseñanza, que a él le parecían escasamente implicadas en el arte de saber e instruir; los métodos de enseñanza le parecían demasiado burdos, y los docentes demasiado necios. Su vocación de pedagogo era inquebrantable, lo mismo que su intención de transmitir a sus alumnos enseñanzas útiles. De ningún modo quería enseñar a los estudiantes mera arqueología, recopilaciones de datos exentas de reflexión e interpretación. Ya desde sus comienzos como docente le animó

un sentimiento de rebeldía contra la falta de espíritu de la letra muerta.

Su rebeldía como educador le llevó a ajustar cuentas con la filología clásica, la disciplina que terminó por abandonar al poco de comenzar su época docente y, sobre todo, a raíz de haber trabado contacto con los filósofos de la Antigüedad, sus vidas y doctrinas.

El verdadero ajuste de cuentas con la filología clásica lo consumó con su primer escrito de envergadura: *El nacimiento de la tragedia* (1871). Con esta obra, Nietzsche quebró la tradición y las normas explícitas e implícitas que regían la erudición filológica del pasado clásico. Se atrevió a especular, a ensayar libremente a partir de conclusiones no extraídas de datos, sino del estudio global del carácter de la Grecia clásica. Se atrevió a interpretar de una manera creativa, en lugar de deducir simplemente datos de otros datos, palabras de otras palabras. Propuso un análisis demolidor—por lo original—del mundo griego antiguo, se rebeló contra la letra muerta defendida por los filólogos de profesión, y con ello se anunció a sí mismo como el intérprete valeroso y el intelectual libre. Y todo esto lo hizo con la mente puesta en el talante que había animado a Schopenhauer a romper con la filosofía de su tiempo y a caminar por sí mismo en busca de la verdad.

En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche destruyó la visión tópica de armonía e idealidad que se atribuía a la Grecia clásica, considerada una edad arcádica y paradisiaca de la humanidad. Los ojos del joven catedrático de filología vieron aquel mundo de una manera distinta. Era un mundo bipolar, dual. Para explicarlo, Nietzsche ideó los conceptos de lo «apolíneo» y lo «dionisiaco». Entre otras cosas, postulaba también que con «la muerte de la tragedia ática» y el advenimiento de la «Ilustración» desapareció el verda-

dero espíritu ancestral de la Grecia clásica, que era un «espíritu trágico» de aceptación de la vida y de sublimación artística, enteramente distinto de aquel espíritu idealizado de la armonía y la belleza inmóviles, enmarcadas en un cielo siempre bello y protector.

Las tesis revolucionarias que proponía en aquel libro rompedor junto con las atrevidas y arriesgadas comparaciones entre la cultura de la Alemania de su época y la que dominó en la Antigüedad le depararon a Nietzsche la inquina y la hostilidad de casi todos sus colegas. El prometedor filólogo y helenista Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff llegó a pedirle en un panfleto insultante que abandonara la cátedra, y su admirado mentor, el filólogo Friedrich Wilhelm Ritschl,<sup>1</sup> lo tildó de loco. Con *El nacimiento de la tra-*

<sup>1</sup> Friedrich Wilhelm Ritschl (1806-1876), catedrático de filología clásica en Bonn y más tarde en Leipzig, fue el verdadero «maestro vivo» de Nietzsche durante sus años de estudiante universitario. Contribuyó en gran medida a que Nietzsche decidiera consagrarse a la filología y también a que le concedieran la cátedra en Basilea. Era un profesor de gran carácter y de extraordinaria capacidad organizadora que sabía inculcar en sus alumnos la afición por el trabajo metódico y bien hecho. Se ganaba su confianza animándolos a que realizasen pequeños estudios, que luego les servirían como estímulo para seguir indagando en los temas iniciados. En las universidades en las que Ritschl impartió clases, se organizaron seminarios y asociaciones de griego y latín, fomentadas por su extraordinario celo pedagógico. Para ser admitido como alumno de dichos seminarios era necesario presentar un trabajo muy exigente que debía servir como prueba de madurez intelectual. A los alumnos mejor capacitados, Ritschl les imponía el más duro de los entrenamientos. Sintió una profunda simpatía por Nietzsche, este sentimiento lo inducía a desafiarle continuamente con tareas filológicas cada vez más delicadas. Aunque se distanció de Nietzsche a consecuencia de la publicación de *El nacimiento de la tragedia*, este último le guardó gran consideración y cariño durante toda su vida. En *Ecce homo*, Nietzsche lo recordó con estas palabras: «Ritschl—lo digo con veneración—, el único docto genial con el que me he tropezado hasta hoy...». Véase Nietzsche, *Ecce homo*, *op. cit.*, p. 295.

*gedia* nació el Nietzsche crítico, el filósofo, y se extinguió el profesor de filología.

Una parte esencial del estudio emprendido por Nietzsche sobre las fuentes trágicas de la Grecia antigua consistía en el estudio profundo de los testimonios y la personalidad de los primeros filósofos. En sus investigaciones, descubrió que el papel desempeñado por la figura del filósofo fue crucial en Grecia, al igual que el del artista y el del autor dramático; estas tres figuras paradigmáticas fueron, en realidad, verdaderos artífices de la cultura ática. De esta confrontación de Nietzsche con las fuentes más antiguas del pensamiento occidental quedaron multitud de anotaciones que no fueron incluidas en *El nacimiento de la tragedia*. Nietzsche pensó continuar este libro con una segunda parte, en la que trataría de los primeros filósofos griegos más destacados. Por esta razón comenzó a impartir una serie de seminarios sobre dichos filósofos a los estudiantes a los que daba clase en Basilea. Pero ya un año antes de iniciar este curso—sobre «Los filósofos preplatónicos», como él los denominaba—, en 1871, se dejó seducir por la idea de trasladar su actividad docente a la rama de la filosofía y abandonar la filología. Con este propósito, solicitó que se le concediera acceder a la cátedra de Filosofía que dejaba vacante en la misma Universidad de Basilea el entonces célebre filósofo alemán Gustav Teichmüller. La solicitud de Nietzsche fue denegada, la comisión encargada del asunto adujo que los trabajos académicos del solicitante no acreditaban con suficiencia su preparación filosófica. Nietzsche tuvo que seguir impartiendo clases de griego, y continuó impartíéndolas hasta su baja definitiva por enfermedad en 1879, porque nunca logró que le concedieran la venia para dar lecciones de filosofía.

Aun sin poder dar clases de filosofía propiamente di-

cha, Nietzsche se las ingeniaba para introducir cada vez más en sus seminarios de griego la historia de los filósofos antiguos. Creció, además, en este tiempo su aversión a los eruditos y a los filólogos profesionales, e hizo cuanto pudo por insuflar en sus alumnos un espíritu investigador distinto del que reinaba a su alrededor. Su afán era enseñarles que la cultura clásica era un todo, y quería transmitirles el entusiasmo que él mismo sentía por ella, un entusiasmo que abarcaba la poesía, la filosofía, la tragedia, la historia, la religión y la política; conocer todo aquello constituiría el texto vivo que tenía que reavivar y, de este modo, sustituir a la letra muerta que era lo único que contemplaban los estudios filológicos tradicionales.

Nietzsche nunca concluyó el libro sobre los filósofos de la antigua Grecia. De aquel proyecto sólo se ha conservado un espléndido fragmento con el título de *La filosofía en la época trágica de los griegos*, que data de la primavera de 1873 y que era un resumen para sus clases.<sup>1</sup> El joven filósofo leyó el manuscrito a sus anfitriones, Cósima y Richard Wagner, cuando estuvo invitado en la pomposa villa de Wagner en las cercanías del lago de Lucerna. A esta hermosa casa acudió Nietzsche en variadas ocasiones y allí departía con el matrimonio, muy amigo suyo hasta que Nietzsche empezó a mostrarse algo «rebelde», es decir, en cuanto empezó a tener algunas ideas distintas a las aprobadas por los Wagner.

La lectura de su pequeño ensayo sobre los primeros filósofos sólo obtuvo una mediana atención por parte del compositor y de su musa. Wagner desilusionó a Nietzsche al aconsejarle que se ocupase de «asuntos más actuales»,

<sup>1</sup> Para más información, véase el «Prólogo», en: Friedrich Nietzsche, *La filosofía en la época trágica de los griegos*, pról., trad. y notas Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Valdemar, 1999.

mejor que de aquellos pensadores ancestrales. Influido o no por este desdén de quien entonces era otro de sus guías espirituales, lo cierto es que Nietzsche abandonó el proyecto de los filósofos griegos y trazó el plan de sus «consideraciones intempestivas». Serían ensayos breves en los que se ocuparía de asuntos de actualidad (del ámbito de la cultura y la educación) desde un punto de vista crítico.

Las cuatro «Consideraciones intempestivas» que concluyó Nietzsche contribuyeron a agrandar su fama de *persona non grata*, una mala fama que ya se había ganado entre los filólogos con *El nacimiento de la tragedia*.

Calificó de «intempestivos» a estos cuatro escritos—de extensión breve—porque pretendían ser combativos e ir a contracorriente al criticar opiniones y visiones comúnmente aceptadas en su época. Los concibió como alegatos contra los absurdos y el filisteísmo reinante en la política, la sociedad, las instituciones y la cultura. El espíritu crítico y más bien demoledor que animaba a estos escritos intempestivos emanaba en gran medida de la imagen que Nietzsche se había ido forjando del tipo ideal de filósofo. Éste debía ser orgulloso y valiente, al igual que lo fueron los filósofos primigenios de Grecia. A la imagen que Nietzsche tenía ya de Schopenhauer, se unió la de aquellos filósofos, a los que veía dotados del talante que requiere un luchador en pro de la verdad y la cultura. Veía al filósofo en general como a un Sigfrido armado para el combate, o como a uno de aquellos guerreros persas de la Antigüedad cuyas virtudes se resumían en *tirar bien con el arco y decir la verdad*. Según esta imagen, el filósofo tenía que ser certero e ignorar el miedo. Fue desde este ideal puesto en su mente, desde el ejemplo de este tipo de filósofo-guerrero, con el que Nietzsche quiso juzgar la sociedad de su tiempo.

Las intempestivas pretendían hacer una crítica de la mo-

dernidad en sus aspectos humanísticos, para ello Nietzsche tocaba temas como la educación, la historia y la filología clásica, así como la moral, la religión y la filosofía. Estarían concebidas como crítica a algún fenómeno social moderno a fin de analizarlo y juzgarlo en virtud de criterios más elevados y exigencias más rigurosas. Nietzsche se comprometió a escribir las intempestivas—a ello lo animaron efusivamente los Wagner—con la esperanza de dar un vuelco a la cultura alemana y empujarla a una renovación; una renovación que también ansiaba el propio Richard Wagner, aunque él mismo era el único ejemplo que debería mostrarse a la sociedad como ideal. Por cierto, Nietzsche le dedicó a Wagner su cuarto escrito intempestivo, inmediatamente después de *Schopenhauer como educador*, bajo el título de *Richard Wagner en Bayreuth*.

El criterio que Nietzsche usaba como patrón para ajustar la crítica de la actualidad procedía de su conocimiento del mundo griego, de la cultura clásica. Para él, la «actualidad» había perdido aquella consistencia de la era que empezó con Homero y la filosofía presocrática y terminó con el ocaso de la tradición cristiana. El sentido de la historia al que apelaba Nietzsche le hizo reconocer que la actualidad de su época quedaba tan lejos de lo griego como del cristianismo, dado que ambas visiones fundaban sus principios sociales y políticos en un culto religioso desaparecido para siempre. La búsqueda de nuevos ideales quedaba abierta, y debían ser el artista y el filósofo quienes los aportaran de nuevo. El «filósofo como médico de la cultura» fue uno de sus *leitmotivs*. En esto difería totalmente de Wagner, el cual se exaltaba a sí mismo creyéndose poco menos que una prolongación de los antiguos héroes de la mitología germánica y que, además, empezaba a coquetear de manera peligrosa con el cristianismo y con una forma edulcora-

da de espiritualidad. Nietzsche no podía estar de acuerdo con ello, y en su rebeldía comenzaba a ser cada vez más él mismo, cada vez más Nietzsche precisamente en esos años.

En un principio, proyectó trece intempestivas: «Con mis trece *Intempestivas*, que estoy publicando una tras otra, me he forjado una buena arma con la que golpear a la gente en la cabeza hasta que salga algo». Esto escribía a su amigo Carl Fuchs en abril de 1874.<sup>1</sup> De entre una curiosa lista de temas y títulos propuestos, sólo concluyó cuatro: *David Strauss, el confesor y el escritor* (1873); *Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida* (febrero de 1874); *Schopenhauer como educador* (octubre de 1874) y *Richard Wagner en Bayreuth* (1876). Aun así, en estos cuatro ensayos agrupó en realidad todos los temas de la lista primitiva: «David Strauss», «Ventaja y desventaja de la Historia», «Mucho leer y mucho escribir: los eruditos», «Institutos y Universidades», «Cultura de soldados», «El maestro absoluto», «Sobre religión», «La filología clásica», entre otros parecidos.

Una idea central se proyectaba sobre las cuatro consideraciones intempestivas: la filosofía propiamente dicha y el filósofo como su genuino representante eran lo único que podían «salvar de los filisteos» la cultura de la época, que estaba absolutamente dominada por ellos (*David Strauss*); debían salvarla igualmente de la «hegelianía»<sup>2</sup> y del historicismo (*Sobre el provecho y el inconveniente de la Historia*);

<sup>1</sup> Carta a Carl Fuchs del 28 de abril de 1874. Véase Friedrich Nietzsche, *Correspondencia, volumen 11 (abril 1869 – diciembre 1874)*, introd. Marco Parmeggiani, trad. y notas José Manuel Romero y Marco Parmeggiani, Madrid, Trotta, 2007, pp. 462-463.

<sup>2</sup> «*Hegelei*», término inventado por Schopenhauer para ridiculizar la mala influencia de Hegel y su terminología enrevesada en la filosofía de su época.